

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien.
A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que.....

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí
detras de las persianas avizorándonos con el ojo
que le sobra..... No, no, á casa..... Y des-
pacito, como que.....

D. ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de Don Enrique.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Sale Don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

D. MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de Don Gregorio.)

D. GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las
señas que me das tambien caigo en quien es el
sugeto.

(Se aparta un poco de Doña Rosa, y vuelve despues.)

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me
inspira un inocente amor!

D. GREGORIO.

¿No dices que has oído que se llama Don Enrique?

DOÑA ROSA.

Sí, Don Enrique.

D. GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entretanto Doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de Don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este.... ¿Pero qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO.

No perdamos tiempo.... ¡Ah de casa!.... Gente de paz.... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias, pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le....

ESCENA III.

COSME. DON GREGORIO. DON ENRIQUE.

D. GREGORIO.

¡Qué bruto de.... *(Al salir Cosme da un gran tropezón con Don Gregorio.)* ¡No ve usted qué modo de salir!.... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(Mientras Don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caído por el suelo, sale Don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á Don Gregorio.)

D. ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que....

D. GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

D. ENRIQUE.

¿A mí, señor?

D. GREGORIO.

Sí por cierto.... ¿No se llama usted Don Enrique?

D. ENRIQUE.

Para servir á usted.

D. GREGORIO.

Para servir á Dios..... Pues señor, si usted lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á usted en algo?

D. GREGORIO.

No, al contrario, yo soy el que trato de hacerle á usted un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

D. ENRIQUE.

¿Y usted venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO.

Sí señor..... ¿Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que envanecido con el honor de que.....

D. GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos..... Vamos al caso.

D. ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO.

No hay para qué.

D. ENRIQUE.

Sí, sí, usted me hará este favor.

D. GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted.....

D. GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

D. ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete, despues se detiene dudando lo que ha de hacer.)

D. GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á usted decir lo que.....

D. ENRIQUE.

¿De pie? ¡Oh! no se trate de eso.

D. GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

D. GREGORIO.

No le traiga usted.

D. ENRIQUE.

Pero sería una desatención indisciplable.

D. GREGORIO.

Hombre, mas desatención es no querer oír á quien tiene que hablar con usted.

D. ENRIQUE.

Ya oigo.

(Don Enrique hace ademán de ponerse el sombrero, pero al ver que Don Gregorio le tiene aún en la mano, queda descubierta, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)

D. GREGORIO.

Así me gusta. Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me. ¿Quiere usted oírme?

D. ENRIQUE.

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO.

Dígame usted: ¿sabe usted que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama Doña Rosita?

D. ENRIQUE.

Sí señor.

D. GREGORIO.

Pues bien, si usted lo sabe, no hay para que decírselo. ¿Y sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilage, por estar destinada al honor de ser mi muger?

D. ENRIQUE.

No sabia eso. *(Con sorpresa y sentimiento.)*

D. GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y ademas le digo, que si usted gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE.

¿Quién? ¿Yo, señor?

D. GREGORIO.

Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.

D. ENRIQUE.

¿Pero quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fé y crédito.

D. ENRIQUE.

Pero repito que.....

D. GREGORIO.

¡Dale!.... Ella misma.

D. ENRIQUE.

¿Ella?

(Se admira, y manifiesta particular interes en saber lo restante.)

D. GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirle

con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted, pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado.....

D. GREGORIO.

Sí señor, ella misma, la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

(Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.)

D. ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envía ese recado.

D. GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí..... Pero vamos de aqui, porque está observándonos.

(Los dos se entran en la casa de Don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita..... Ya se ve, una niña

virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido..... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(Mientras Don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, Doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á Doña Rosa.)

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion.... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

D. GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla..... ¡Calle! ¿Qué estabas aqui?..... Ya despaché mi comision.

DOÑA ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

D. GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

*

DOÑA ROSA.

¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

D. GREGORIO.

¿Pero en qué fundas ese temor, hija mia?

DOÑA ROSA.

Apenas habia usted salido, me fui á la pieza del jardín á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y..... ¿Qué le parece á usted que era?

D. GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú asi.....

DOÑA ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á Don Gregorio la caja y la carta.)

D. GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

D. GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y.....

D. GREGORIO.

¡Picardía como ella!.... ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instante.....
Mire usted, el corazon le tengo tan oprimido, que.....

D. GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediata-

mente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de. . . . Porque atreverme yo á que usted mismo. . . .

D. GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta: Doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)

D. GREGORIO.

A mi señora Doña Rosa Jimenez. = Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe y. . . .

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

D. GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la lijereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamas los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO.

Tiene muchísima razon. *(Se aparta hácia un lado y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la encuelve curiosamente y se la guarda.)* Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazoados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla. . . .

D. GREGORIO.

No, nada de eso.